

co, y sobre la cual sólo podrá abrigar dudas quien no conozca absolutamente el espíritu y tendencias del *positivismo*. El mismo periódico ha comenzado una serie de artículos, de los cuales van publicados tres, con este título: "Las doctrinas positivistas en México." Un paralelo entre dichas doctrinas y los principios en que descansa nuestra Constitución política; fijar el carácter de intolerante exclusivismo que distingue á la moderna escuela, y poner de manifiesto su íntima conexión con el socialismo, tales son las materias tratadas en los referidos artículos, que llaman la atención por lo vigoroso de su estilo y lo sólido de su argumentación. *La Discusion* está prestando con sus escritos un verdadero servicio á la sociedad mexicana.

Con el título de *Lo que se ha llamado "Ciencia positiva"* hallamos en el *Centinela Católico* un notable artículo, encaminado á probar los graves inconvenientes que traería el restablecimiento de la enseñanza positivista en la Escuela preparatoria. Coincide en apreciaciones con el primer artículo de *La Discusion*. Hé aquí uno de sus párrafos:

"Una cosa nos ha llamado ciertamente la atención, aunque hay á veces circunstancias en que lo que se realiza, es lo que parecía hallarse colocado en el extremo de lo inverosímil. Se vé defender la filosofía positivista y al autor que sirvió últimamente de texto en la escuela, y esto con una pasión que llega hasta el delirio, á personas que se dicen liberales y amigos del actual sistema y de la Constitución. Ceguedad grande es necesaria para colocarse en tan contradictoria posición. El positivismo en su radical extravío ataca la Constitución, pues si en este código se mencionan y garantizan tales ó cuales derechos, la pretendida ciencia de la pura *relatividad* y del escepticismo, le dá en su base misma, pues con negar lo absoluto, se niega radicalmente todo derecho que supone algo absoluto, real y existente en que basarse y sobre que recaiga. Llamamos también la atención sobre cierta ridícula idolatría por Bain, cuando este autor en ejemplos y en algunas de sus teorías, no deja por cierto muy bien paradas las instituciones liberales que más de una vez se conoce, no eran de su devoción ni halagaban su gusto."

El mismo periódico está publicando una serie de "Artículos histórico-filosóficos."

J. M. VICIL.

BIBLIOGRAFIA FILOSOFICA.

JAMES SULLY. *On illusions, a psychological study*.—Londres, Kegan Paul.—El nuevo libro de M. J. Sully, se recomienda, como todos los del mismo autor, por un método de exposición claro y sóbrio y por una gran sutileza de observación.

El asunto es, por su naturaleza, algo vago, muy mal limitado, y no es á nuestros ojos un escaso mérito el haber sabido poner en él tanto orden y claridad que ni el lector ménos atento corre el riesgo de extraviarse.—(*Revue philosophique*.)

LA FILOSOFÍA. (*)

IV.

Hemos manifestado lo que debe hacer la filosofía para realizar la idea que siempre ha tenido de sí misma y que no puede abandonar ni restringir: véamos ahora lo que ha hecho; echemos una rápida ojeada sobre sus obras, sobre sus resultados, y preguntémosnos si corresponden á la grandeza de su objeto, al poder y á la severidad de su método.

Los resultados de la filosofía, los frutos que hasta ahora ha producido y que dan derecho á juzgarla, no están contenidos en un sistema particular, sino en la enseñanza que resulta de todos los sistemas, en el continuo desarrollo que estos sistemas representan, en el grado de saber, de libertad y de perfección moral á que ha conducido á la humanidad por la totalidad de sus esfuerzos. En efecto, la filosofía está en una situación muy diferente de las demás ciencias: en éstas, nuestro espíritu se halla al mismo tiempo arreglado y contenido por el objeto sobre el cual se ejercita; porque siendo este objeto distinto é independiente de él, no deja de advertirle cuando se extravía, y le circunscribe en una esfera netamente determinada. Así, la naturaleza está allí con sus fenómenos visibles, siempre los mismos, ó girando eternamente en el mismo círculo, para protestar contra los errores de las ciencias físicas; las matemáticas, en condiciones todavía mucho mejores, encuentran el rigor y la certidumbre de que están tan orgullosas, en las propiedades rigurosamente determinadas de los números y de las figuras, y en la ventaja de poder confirmar por la experiencia de los sentidos cada uno de los resultados de la deducción. En la filosofía, por el contrario, no teniendo el espíritu por objeto mas que á sí mismo, no puede, cuando se engaña, ser rectificado sino por sí mismo, es decir, por sus propias contradicciones, por las doctrinas opuestas en que procura necesariamente reco-

(*) Véanse las páginas 5 y 17.

no sólo en su propio seno, sino también en las otras ciencias. No más textos, no más libros entre el hombre y la naturaleza: se raciocina, se observa, se experimenta. Torricelli y Pascal demuestran el vacío á pesar de Aristóteles; Galileo hace girar la tierra y coloca al sol en el centro del mundo, á despecho de la Inquisición; así la filosofía es el alma y el centro de ese gran movimiento intelectual que llevó al siglo XVII. Bacon es el creador del método de las ciencias naturales; Descartes y Leibniz no sólo han aplicado su genio á la metafísica, sino que, ensanchándole, han renovado el círculo entero de los conocimientos humanos. El autor del *Tratado de la polea* y de las experiencias sobre el vacío, comenzó por ser cartesiano. Newton, como ya lo hemos observado, mezcla á su sistema del mundo las miras más elevadas sobre las leyes de la inteligencia y el principio de las cosas. Pero la emancipación de la ciencia tuvo que traer necesariamente la de la sociedad; porque no puede concebirse lo uno sin lo otro; no puede la razón ser soberana en el dominio del pensamiento y permanecer oprimida en el de los hechos: esta nueva victoria se debió principalmente á la filosofía del siglo XVIII. Ella es la que, llevando á la vida pública, como Descartes á la conciencia individual, y Bacon á la ciencia de la naturaleza, la antorcha de la observación y del análisis, hizo caer una tras otra todas las viejas iniquidades; puso el derecho comun en lugar del privilegio, la ley en lugar de lo arbitrario, la libertad en lugar de la violencia; emancipó la conciencia, la industria, la propiedad; introdujo la justicia y la igualdad en la familia, y por un último esfuerzo, llamó á la sociedad á gobernarse á sí misma, á ejercer en su interés y en su propio nombre la soberanía política, considerada hasta entonces como patrimonio de una familia, y fundada exclusivamente en la fuerza, á pesar de invocar el nombre de Dios. No hay duda que, y precisamente á causa de su papel militante y agresivo, la filosofía del siglo XVIII tiene que echarse en cara más de un exceso y un error; pero nuestro objeto aquí no es juzgarla; y no considerando más que sus resultados definitivos, los que han pasado á las instituciones y á las costumbres, los inscribimos en la lista de servicios de la filosofía en general.

V.

Después de todo lo que ha hecho ¿qué queda todavía que hacer á la filosofía? ¿Cuál es la tarea que le está reservada en el presente y en el porvenir? Cuestión inmensa y delicada, que hemos debido proponer en su lugar, y que por otra parte, se proponería por sí misma si hubiésemos querido pasarla en silencio; pero que no pretendemos resolverla en unas cuantas líneas, en un trabajo como éste, principalmente destinado á hacer constar el presente estado de la ciencia. Nos limitaremos, pues, á reunir en forma de conclusión las consecuencias más directas de todo lo que precede.

Cuando se consideran las diversas partes de la filosofía, no en su encadenamiento sistemático, sino en su naturaleza propia, en el objeto y medios que caracterizan á cada una de ellas, se las reduce fácilmente á tres: una para la especulación pura, es decir, la metafísica; otra para la especulación apoyada en los hechos, comprendiendo la filosofía

de la historia y la filosofía de la naturaleza, con su introducción necesaria, la psicología; y la tercera para las aplicaciones y consecuencias prácticas, en que pueden entrar simultáneamente la lógica y los diversos ramos de la moral.

La especulación pura casi ha agotado su carrera; no queda ya más que escoger entre la buena y la mala metafísica: ahora bien, la buena y la mala metafísica han pronunciado su última palabra, porque los principios que ambas invocan, es decir, las nociones fundamentales de la inteligencia, son en muy pequeño número y no se prestan sino á un círculo de combinaciones igualmente limitado. Lo que decimos de la metafísica es también aplicable á la lógica; porque las formas del raciocinio y los procedimientos del espíritu sobre que esta ciencia hace reposar sus reglas más esenciales, no son más numerosas y nos ofrecen un carácter no ménos invariable que las ideas universales de la razón. Así es que, aun cuando no sea del todo justo decir con Kant, que no ha dado un solo paso desde Aristóteles hasta nuestros días, hay que convenir al ménos en que partiendo del siglo XVII, es decir, de Bacon, Descartes y Newton, sus progresos han sido muy imperceptibles.

No sucede lo mismo con la especulación y la lógica aplicadas á los hechos, sea de la conciencia, sea de la historia, sea de la naturaleza: aquí queda todavía para nosotros y nuestros nietos amplia cosecha que recoger. La psicología propiamente dicha, no ha concluido su tarea; la filosofía de la historia apenas ha comenzado la suya, y ménos avanzada todavía está la filosofía de la naturaleza. Verdad es que la primera de estas ciencias nos ha hecho conocer de una manera general las facultades del alma humana; pero le queda todavía que estudiarlas en sus relaciones con su organización, los climas, los diferentes estados de salud ó de enfermedad, en el sueño, los ensueños, la alucinación, el somnambulismo, la locura, etc. En cuanto á la filosofía de la historia, no hay una sola de sus partes, filosofía del derecho, de las lenguas, de las bellas artes, de las religiones, que no aspire á nuevas conquistas, emprendidas con un método más severo y un espíritu libre de toda preocupación. Preciso es esforzarse en unir é ilustrar la una por la otra, dos ciencias demasiado aisladas hasta ahora, la del espíritu y la de los hechos; como si los hechos, al ménos los que pertenecen á la historia de la humanidad, no tuvieran su razón primera en la naturaleza y las leyes del espíritu, y como si el espíritu pudiera existir en el estado de abstracción, de principio inerte, sin desarrollarse ni manifestarse por una sucesión de actos y de hechos. Es necesario entrar por este camino sin actitud preconcebida, ni como agresor, ni como defensor, ni como moderador, sino con el solo amor de la verdad y la sola resolución de aceptarla, sea cual fuere. En fin, no es ya permitido á la filosofía permanecer más largo tiempo extraña á las ciencias naturales; es preciso que en ese órden de conocimientos, sujeto hoy á una descomposición sin fin, haga penetrar el órden, la unidad, la luz de la razón, no por una dialéctica estéril y fundada en una identidad nominal, sino por la síntesis unida al análisis, por un estudio comparativo de los hechos y la jerarquía de los seres.

Pero en ninguna parte está llamada la filosofía á representar un papel más útil y glorioso que en las instituciones, la educación y el gobierno de la sociedad, ó sea en el campo de las aplicaciones políticas y morales. En efecto, el principio se haya arraigado en

los espíritus y nada le podrá hacer vacilar. La sociedad, como la ciencia, está emancipada: tanto una como otra tiene por ley y fundamento la razón; en nombre de la razón hay que hablarle por lo mismo, para disciplinarla, gobernarla y conservarla, quedando heridas de irremediable impotencia para el porvenir, toda autoridad, toda legislación, toda educación que la razón no abone. Preciso es, pues, que la filosofía, es decir, la razón elevada al grado de ciencia, intervenga en todas esas altas cuestiones, si no quiere dejar el campo libre al empirismo y la anarquía. Es menester que la tarea comenzada por ella en el último siglo, de demoler todas las instituciones envejecidas, la continúe en el siglo en que estamos, por la organización y la disciplina, por la creación lenta y reflexiva de las nuevas instituciones.

Definir con más precisión de lo que se ha hecho hasta ahora los deberes y derechos del hombre en general; demostrar que los últimos no podrían existir sin los primeros, y que unos y otros tienen su fundamento común en la parte espiritual de nuestro ser, es decir, en nuestras facultades intelectuales y morales; seguir el desarrollo, ó si se quiere, la sucesiva realización de esos deberes y de esos derechos desde luego en la familia, después en el Estado, y en seguida en la sociedad universal del género humano; restablecer en la opinión la santidad del matrimonio, objeto de tan vivos y perseverantes ataques; defender con el matrimonio el derecho de propiedad, sin el cual no hay familia posible; buscar la medida en que la familia y el individuo, sin sacrificar ninguna de las condiciones de su existencia ó dignidad, deban estar subordinados á la autoridad del Estado; mostrar que esa unidad tiene por condición indispensable la de la educación; decir, en fin, lo que es el Estado en sí mismo, cuál es el objeto y cuál el principio de su existencia, cuáles son los elementos de que se compone necesariamente, qué grado de autoridad le pertenece sobre los diversos órdenes de asociación que contiene en su seno, cuáles son sus obligaciones y derechos respecto de los Estados extranjeros, ó qué principios naturales deben presidir en las relaciones internacionales; tal es en gran parte la labor que debería emprender hoy la filosofía. No conocemos para ella trabajo más noble, más útil y más propio para realizarla en el espíritu de nuestro tiempo. Allí encontraría el medio de asegurarse en el orden moral un poder y una consideración análogos á los de las ciencias físicas en la esfera de los intereses materiales. Apoyada siempre en la especulación, en los resultados más considerables de la psicología y de la metafísica, no es de temer que se rebaje hasta la discusión de los partidos; por el contrario, los partidos se verán obligados á levantarse á la altura de sus principios, que les devolverán la dignidad, la autoridad y la convicción que han perdido, ó que al ménos han comprometido gravemente. (*Dictionnaire des sciences philosophiques.*)

—o—

LOS SOFISTAS Y LA SOFÍSTICA.

El nombre de *sofista* no tuvo primitivamente el sentido desfavorable que se le aplica, pues significaba *maestro de sabiduría ó de elocuencia*; pero cuando se vió en Grecia extenderse una especie de hombres sutiles, que se jactaban de saberlo todo y que ofrecían enseñarlo todo; retóricos hábiles, mas que ponían su elocuencia al servicio de todas las causas; dialécticos brillantes y agudos, mas que sostenían el pro y el contra con la misma intrepidez; capaces de negarlo todo, áun la evidencia, y de afirmarlo todo, áun el absurdo; hombres ávidos, por otra parte, hambrientos de riquezas, de poder y de fama, y que hacían servir indiferentemente lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, á los intereses de su fortuna: en presencia de semejante abuso del espíritu y la palabra, la conciencia pública se alarmó, y comenzó á ser sospechoso el nombre de sofista, acabando por convertirse en injuria. No tenemos que considerar aquí la sofística bajo todos los aspectos que puede presentar, y cuyo lugar corresponde á la historia de las ciudades griegas, á la de la elocuencia y de las costumbres; fijándonos en el solo punto de vista científico, nos preguntaremos sobre todo si la sofística es ó no es un hecho considerable en el desarrollo de la filosofía griega, y examinaremos en seguida su alcance exacto y su sentido preciso.

Desde luego, parece imposible dudar de la influencia que ejercieron los sofistas sobre los espíritus de su época, como lo prueban entre otras cosas la guerra tenaz que les declaró Sócrates y el gran sitio que ocupan en los diálogos de Platon. Para Sócrates y su gran discípulo, los sofistas representaban, si no el escepticismo propiamente dicho, al ménos ese espíritu de negación que conduce á la duda por una pendiente inevitable; y este es, en efecto, el verdadero sentido de la sofística, que señala ó consuma la disolución de todas las grandes escuelas de filosofía nacidas del primer arranque de la especulación naciente; que lleva hasta el extremo esa oposición entre los sentidos y la razón, del empirismo jónico y del idealismo itálico, de donde habria salido infaliblemente un

nocerse; porque el espíritu humano, aunque esencialmente el mismo en todos los hombres, aunque dotado de las mismas facultades é ilustrado por los mismos principios, no adquiere en todos el mismo grado de desarrollo, y á causa de la libertad de que goza respecto de sí mismo, no se dirige en igual sentido, no se concentra en el mismo punto. De aquí tantos sistemas diferentes cuantos elementos principales hay que distinguir en la conciencia; y como estos elementos, según hemos podido convencernos, están de tal manera ligados entre sí que parecen engendrarse recíprocamente, encerrándose en sí mismo cada uno de los sistemas que aquellos hacen nacer, se cree naturalmente la expresión completa de la verdad filosófica, y ataca á todos los otros como un tejido de ilusiones y de errores. Pero esta contradicción en el seno de nuestra razón, y cuyo objeto es ella misma, es el aguijón que la impele á marchar adelante, á desplegar todo su poder de reflexión, á considerarse bajo todas sus faces y en toda su profundidad, hasta que llegue á conocerse enteramente y la verdad le aparezca en su unidad. Hé aquí cómo la filosofía no puede ser nunca apreciada por una obra parcial ó una época determinada de su historia; hé aquí cómo la diversidad de sus sistemas y las luchas ardientes cuyo espectáculo nos ofrece, de ninguna manera menoscaban la unidad de su objeto y de su influencia. Ella nos representa en cierto modo, la vida de la inteligencia dentro de su propio hogar, ó el no interrumpido movimiento por el cual, buscando el espíritu humano en sí mismo la última razón de las cosas, la base de sus pensamientos y el blanco de su actividad, efectúa gradualmente su emancipación en el orden intelectual y moral, en la doble esfera de la razón y la conciencia. Considerada desde este punto de vista, ó como el principio común de la libertad y de la ciencia, la filosofía no carece de títulos á la gratitud y respeto de los hombres.

Limitándonos desde luego á los hechos más vulgarmente conocidos, y sin ir á buscar pruebas superabundantes en países ó tiempos todavía muy poco explorados, ¿cuál era el estado de la humanidad, cuáles sus conocimientos y creencias al aparecer los primeros sistemas filosóficos de la Grecia? En cuanto á conocimientos propiamente dichos, es decir, ciencia, no había nada; pues como dijimos al principio, la filosofía ha precedido á todas las ciencias, las ha creado, depositando su germen en los sistemas más imperfectos. De esta manera, las vemos salir sucesivamente de su seno, crecer durante siglos bajo su nombre y abrigo, tomar de ella sus principios y su método, hasta que llega á bastarse á sí misma, ocupando decididamente el primer rango en sus meditaciones, la metafísica con sus dependencias. Los físicos, los geómetras, los astrónomos, los naturalistas de aquella época, son los filósofos; y fué tal su influencia, que hallamos todavía sus huellas hasta en la ciencia contemporánea: así se han conservado en la química los átomos de Demócrito y Epicuro; la hipótesis astronómica de Pitágoras ha venido á ser una verdad demostrada por las matemáticas, y los descubrimientos, lo mismo que el método de Aristóteles, no han sido menos útiles á las ciencias naturales que á la filosofía propiamente dicha. En cuanto á las creencias que eran entonces el solo alimento de las almas y la sola regla de las costumbres ¿quién se atrevería seriamente á ponerlas en parangón con algunas de las enseñanzas de la filosofía? Compárense los dioses del Olimpo, esos dioses de carne y sangre, ejemplos de todos los vicios y de todas las pasiones,

«dioses abominables, como dice J. J. Rousseau, á quienes se habría castigado en la tierra como malvados,» con el dios de Platon, de Sócrates, de Aristóteles, y aun de Anaxágoras ó de los estoicos, y dígase si los instintos religiosos del alma humana perdieron mucho en el cambio. Compárense igualmente las instituciones y las costumbres reales de su tiempo, con las lecciones prácticas de aquellos filósofos, con sus ideas sobre el objeto de la vida, sobre el deber, la virtud, el bien y el mal, y se comprenderá lo que han hecho por la educación moral del género humano.

Sócrates, en medio de una pequeña república idólatra de sí misma y llena de desprecio hacia las demás naciones, á las que llama bárbaras, se proclama ciudadano del mundo. A un pueblo artista y sensual, prendado únicamente de la belleza exterior, muestra en las profundidades del alma una belleza invisible; inculca el desprecio del placer, la sabiduría, y el amor de la verdad llevado hasta el martirio. A una demagogia desenfrenada, dispuesta siempre á rebelarse contra su propio poder, enseña con su muerte á respetar las leyes y las sentencias de la justicia, aun cuando hieran á un inocente. Platon, ha preparado por su metafísica el advenimiento, y suministrado en nombre de la razón, una demostración anticipada de la moral cristiana. ¿Cuál es, en efecto, el principio más esencial de la metafísica platónica? La unidad, ó si se puede hablar así, la fraternidad intelectual del género humano, fundamento necesario de la fraternidad moral enseñada por el Evangelio, y de la fraternidad física, de la unidad de raza afirmada por el Génesis. Una sola razón, la razón eterna, el Verbo divino, ilumina y vivifica á todos los seres. La inteligencia que brilla en cada uno de nosotros, las ideas que forman el fondo invariable de nuestro pensamiento, no son más que una participación, un reflejo de la idea de Dios; por consiguiente, ligan á todos los hombres como en una misma alma, constituyéndoles una misma sustancia espiritual. No es esto todo: esa razón divina, que se nos aparece como la fuente de toda verdad y de toda ciencia, es también la fuente de toda belleza y de todo amor; porque lo mismo que nada puede ser conocido sino por ella, nada es bello sino por un reflejo de su esplendor, nada es amable sino por el amor que ella nos inspira. De aquí á la máxima de que todos los hombres deben amarse entre sí por lo que hay en ellos de divino, siendo en ellos la primera ley permanecer unidos en ese amor que viene de Dios y vuelve á Él, no hay evidentemente más que un paso. Conforme á estas ideas, Platon ha podido encerrar toda su moral en un solo precepto: *Imitad á Dios*; que puede traducirse por estas palabras: *Sed perfectos como vuestro Padre que está en el cielo*. Pero Platon no se ha contentado con definir el principio de la moral; ha tratado de desarrollar todas sus consecuencias, tomándole por base tanto de las leyes y de la organización de la sociedad, como de la conducta del individuo. Aun cuando no hubiera en la República más que el sólo pensamiento de fundar el Estado sobre la razón y la justicia, haciendo del gobierno de los pueblos una obra de ciencia y de abnegación, en lugar de una conquista de la fuerza ó un privilegio del nacimiento, esto sería bastante para absolver aquel inmortal monumento, de los errores que contiene, y que la ignorancia, unida al espíritu de infamación, ha abultado desmedidamente. Esa es la misma idea de la justicia, de la razón, del derecho eterno que invocaban los estoicos, ante la que hacían callar todos los intereses y todas las pasiones, y que

elevaban sobre las instituciones humanas, como la ley de Dios impresa en el alma de todos los seres inteligentes y libres.

Pasando luego de las escuelas griegas á los juriconsultos romanos, vemos que la filosofía ha inspirado á Ciceron ese admirable pasaje de su *República*, que parece ser la misma voz de la conciencia en su más elocuente expresion, y que una vez leído no se le puede olvidar. (1) Pero alimentado con las obras de Platon, más todavía que con las del Pórtico, Ciceron no se detiene en la idea de la justicia; sino que la añade, ó mas bien, deduce de ella como consecuencia necesaria, la idea de caridad, que llama con su verdadero nombre, *Caritas*. Puesto que todos los hombres, dice, están unidos entre sí y con Dios por esa ley comun, por esa razon eterna, forman necesariamente como una misma ciudad, como una misma familia; y cuando el alma, libre de toda complacencia hácia los cuerpos, haya comprendido y practicado todas las virtudes, verá como hermanos á todos los seres que le son semejantes, y se unirá con ellos por los otros vínculos de la caridad. (2)

Aun los sistemas más desacreditados, como el escepticismo y el epicureismo, han contribuido en gran parte al perfeccionamiento moral é intelectual de la humanidad. El escepticismo es la crítica ó el derecho de revision y vigilancia que la razon ejerce sobre sí misma; el saludable consejo que se dá, despues de cada paso adelante, de consultar sus fuerzas y sondear el terreno sobre que camina. Luego que se reconoce que el hombre puede engañarse, necesario es el deseo de que pueda dudar, porque por la duda comienza la caída del error; y limitándonos al escepticismo griego, las creencias que ha destruido, las ficciones que ha patentizado, las instituciones que ha comprometido, ¿son tan dignas de lamentarse? El es, despues de todo, el que ha hecho caer el politeismo, preparando el lugar para una religion más pura. Bajo cierto aspecto, Sócrates, y el mismo Platon eran escepticos, pues no podian, sin destruir, edificar sobre un suelo ocupado ya. En cuanto á la doctrina de Epicuro, que no hay que confundir con el insensato libertinaje de Aristipo, por despreciable que sea en su principio, tiene la ventaja de probarnos que el egoismo ilustrado, ó como se decia en el último siglo, el interés bien entendido, el placer, cuando es reflexivo, se vé obligado á conservar casi todas las virtudes prácticas de la vida, y á mostrarse, segun la expresion de Platon, templado por intemperancia. Contradiccion extraña pero inevitable que bastaria por sí sola para realzar el principio del deber.

Menester es que la filosofía, cuando no era la religion más que el culto de la naturaleza y la apoteosis de la pasion, haya derramado viva luz sobre la naturaleza de Dios y el alma humana, para que Padres de la Iglesia, como San Justino, San Clemente de Alejandria, San Agustin, sin hablar de los que han sido sospechosos de heregía, hayan atribuido á algunos de esos sistemas un origen divino. El Verbo, si creemos á San Justino mártir, se habia comunicado, ántes de su encarnacion, á los sábios de la Grecia, lo mismo que á los profetas del pueblo de Dios. Segun San Clemente, cuyos escritos son

(1) *De Republ.*, lib. III, c. XVII; Lactancio, *Instituciones divinas*, lib. VI, c. VIII.

(2) *De Legibus* lib. I, c. XXIII.

todavía hoy una fuente inagotable de erudicion filosófica, la filosofía pagana fué una preparacion necesaria al cristianismo. Segun San Agustin, Platon y sus discípulos han conocido á la vez al verdadero Dios, autor del mundo, revelador de la verdad, fuente de la dicha y verdadero principio de la moral, que colocan, con el Evangelio, en la imitacion de Dios. (1) ¿Qué importa, despues de esto, que se haga á los filósofos griegos discípulos de los profetas hebreos, si la historia entera rechaza semejante hipótesis!

Despues de haber formado en la antigüedad la gloria de la razon, y haberle dado el imperio no sólo de las ciencias, sino de las costumbres, la filosofía fué su sola directora en la edad media, queremos decir, que representa toda la cultura científica, toda la vida intelectual de esa época. ¿Cuáles son, en efecto, las materias que fuera del dominio de la fe ó de los dogmas esenciales del cristianismo, absorben toda la actividad de los espíritus desde principios del siglo IX hasta fines del siglo XIV? ¿Cuáles son las cuestiones que agitan en los claustros y las escuelas tantos maestros célebres, en presencia de una multitud apasionada, que acudia para oírlos de todas las partes de Europa? Cuestiones de lógica, trasformadas casi luego en cuestiones de metafísica, y que traian en pos de sí el cuadro todo entero de la filosofía peripatética, *quidquid scibile est*, como dice Alberto el Grande. Pero la filosofía de la edad media difiere esencialmente, al ménos en cuanto á la forma, de la que le precedió y de la que le ha seguido: es una pupila que no da un paso ni pronuncia una palabra sin haber pedido la autorizacion de sus tutores, y éstos son dos: la Iglesia en el orden de la fe, y Aristóteles en el orden de la razon. Sin embargo, bajo esta doble tutela, le queda todavía gran parte de libertad; porque encontrándose en aquel tiempo casi siempre reunidos en la misma persona el teólogo y el filósofo, sucede necesariamente que los raciocinios del uno, tiendan á ponerse de acuerdo con las creencias del otro; que se trate de comprender posteriormente lo que al principio se ha resuelto creer, *fides quaerens intellectum*, como dice San Anselmo de Cantorbery; y que los dogmas, con ayuda del medio por el cual fueron transmitidos, es decir, el lenguaje y las opiniones de los Padres de la Iglesia, modifiquen singularmente la filosofía oficial, tomada por guía, y que estuvo un instante al punto de ser canonizada. Así se explica cómo tantas sectas diversas, realistas, nominalistas, conceptualistas, tomistas, scotistas, tuvieron igualmente el designio de dar el verdadero sentido de Aristóteles. Para quien los examina de cerca, esos actos no son más que los viejos sistemas de la Grecia, contenidos en las vías del espiritualismo cristiano, y encubiertos bajo la forma de comentarios escolásticos.

Cansada de hablar bajo la autoridad de un hombre, sobre todo, despues de haber tenido conocimiento de las obras maestras de la antigüedad, la filosofía se atrevió á hablar en nombre de la razon, destronando desde ese momento la escolástica. En efecto, lo decimos muy alto, el carácter dominante, el primer mérito de la filosofía moderna, es haber proclamado la independendencia absoluta de la razon, en todo lo que la razon puede comprender; haber reconocido la evidencia como el solo sello de la verdad, y haberla buscado desde luego en el sentimiento de nuestra existencia personal, en el ejercicio de nuestras propias facultades. Ese principio es la fuente de todos los progresos realizados,

(1) *De Civitate Dei*, lib. VIII, c. 8.